

TRES POEMAS

LA POESIA ABANDONA A JUVENAL

*Volveré a Itaca, abrazaré a mi mujer
y bajo las estrellas lentas de la bahía de Ciro
acaso encuentre la señal que dé razón a mi vida.
Ya no será hermoso aquel hocico
con el que Antonio nos hablaba de la fundación de Málaga,
y sus manos, más viejas, quizá hayan perdido
la candidex de ciervo joven que les recuerdo.
Mi hijo, en la puerta, me besaré temblando;
comparará a ese hombre que lo aprieta contra el pecho
con la fotografía amarilla que le envié desde Cuba.
Hay en ella una gran ternura y algunas letras:
«pronto estaré contigo».
Esa noche preguntará por mis viajes,
adquiriendo conciencia de que he envejecido.
La parte de mi vida que le debo
no será, sin embargo, objeto de estos versos.
Los primeros días pasearemos juntos
y su corazón enseñará a latir juntamente al mío:
«ves: es ésta la chopera,
pero ha desaparecido el viento que te hizo llorar asustado.
Sí, sí, en este lugar descubriste la piedra...».
Después recordaré a Elsa;
sus ojos grises, en la parte menos profunda de mi vida,
serán una copa enjovada flotando a dos aguas.
El dolor tal vez los habrá tornado hurraños;
es posible que perdiesen
esas calidades de gata feroz con las que tanto nos reímos,
o es posible que permanezcan,
como los días felices, intensos y bellos.*

Otro día enterraré a Juvenal en la pequeña colina
a la que dimos gracia plantando unos castaños.
La nieve no será obstáculo para adornarme
y para que el deseo permanezca tibio bajo ella.
Os suplico, sátiros, que dancéis sobre Juvenal
cuando el verano llegue.
Te ruego, carne mía, que sepas derrumbarte dignamente,
pues conoces que fue la dignidad tu mejor causa
y que siempre, incluso en el amor, te traté con justicia.
En primavera, por tanto, florece en las cerezas,
porque es el rojo el color de mi vida
y la muerte no existe;
puedo jurarlo.
Mi hijo, en este tiempo, habrá crecido,
y su paso dará cuenta
de que jamás conseguí volver a Itaca.

COMO EL ADOLESCENTE DEBE OIR LA POESIA

Un muchacho tan bello como el primer día del verano
ha de abrir su traje, mostrar su vida diminuta
y poner en la poesía un beso dulce, un sueño de invierno;
abandonar desperdigados sus ojos jóvenes,
ser un amor de inclemencia y amasijo,
un amor...

Cuando su pecho viejo se desmorone al suelo,
yo seré piedra, barro de muchacho
que recordó a un potro sudando o babeante,
a un día feliz en el que quisiera dejarme para siempre.

Un adolescente debe oír la poesía,
sentirse amado de modo semejante a ese mar
que imaginamos turbulento
cuando muertos descendemos apacibles.
Ser joven, no vivir arruinado,
no saberse Juvenal derruido:
esta miserable costumbre que me lleva hacia tus años,
tu ingle pelada

*de huertecillo reciente tan humano;
esta miserable costumbre ha de tener en cuenta
que aullamos en la noche de los años,
que uno se siente cachorro por tus labios.*

EL ARGUMENTO DE LA TORRE

*Los domingos la paz trepa a las palmeras y da jaque,
amaneceres lentos de copas, calamares;
descensos de trapos tristes para embaucar el cuello:
ese rodado aullido de fruta arrebuñada,
de pájaros ácidos que informan las extensas zonas del teatro
y te arrullan, y uno toma sitio en la frente para arrancarte un ojo;
esta podrida mueca de alabarte, hermana mía,
es la entrada, extravío de marzo coronado en la ciruela;
porque eres hermosa, hermana, y es domingo y te escribo.
Como una suave erección de kifi
o el enamorado golpe de heroína
que anunciase el desguace del corazón último,
un animal entre la escoria huele el mundo,
inclina la joroba desastrosa y da el poema,
el jaque, este panfleto bendito por los sapos:
quiero penetrar tu mundo como un coronel de carros alemanes;
muda, dormida, abierta mía de Marruecos.*

JUVENAL SOTO

Valera, 47
PEDREGALEJO (Málaga)